

Versaciones de un chupaplumas

Así que supongo

[1]

Que nos quedaremos
callados, que es lo que yo
escribo porque es lo que yo
creo.

Pero, Lola, que no me
explico cómo ha podido
encontrar la llave del cajón
que ella llama siempre *el que
no quiere usted que abra* porque con las prisas
porque iba esta mañana con la hora pegada se
me pasó decirle dónde la escondí — y que a ella
le molesta, por cierto, que más de una vez me ha
regañado y que *si vuelve usted a hacerme eso se*



*quedará sin buscar y allá usted, que no puedo yo andar perdiendo mi
tiempo con sus tontadas* — me había dejado sobre la mesa escritorio una
notita que encuentro al regresar del trabajo en la que, aparte de advertirme
de que el pienso extrusionado se está terminando, me enmienda la plana y,
con su inveterada caligrafía inglesa, me escribe:

Supone usted que se quedarán callados —
quiere pensar, para no quedarse por lo menos
totalmente en blanco, aunque sin mucha decisión
ni demasiadas ganas, la verdad, porque usted se
había encariñado con esto y su ilusión era toda
una serie de largas conversaciones — aunque
quizás sólo como recurso extremo y a la
desesperada, haciendo un esfuerzo tan tremendo
que ya nota, con tan nada más imaginarlo, cómo a
causa de la tensión emocional le laten las sienas
asaltado, además, en parte por la duda, por la
incertidumbre angustiada de estarse aventurando
(en solitario y sin ayuda de nadie que lo oriente) en
conjeturas para las que ni su inteligencia ni su
sentir estén a lo mejor capacitados y, por otro lado
y no en menor medida, por el temor de que su
amigo le vuelva a echar la bronca furioso e irritado
porque *¿quién eres tú, so pedazo de atún?*, le podría
reprender, y con razón, *para embarcarte en algo tan*

Versaciones de un chupaplumas

Así que supongo

[2]

enormemente delicado como lo es el silencio en la literatura.

Así que no; si en algo valora usted mis consejos no van a quedarse callados. No sólo no se quedarán callados sino que, para evitar el caer en la tentación de que tal suceda, no va usted ni siquiera a suponerlo.

Imaginará que hablan o, quizás mejor y para no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy, imagina que hablarán. Eso es; lo imagina ahora mismo y desde ya, aunque lo que no sabe todavía es de qué ni cuándo, pero entendiendo que no puede ser demasiado difícil. Las personas suelen hablar de cualquier cosa y además con bastante soltura, sobre todo si es de algo de lo que no entienden; de modo que, como yo siempre digo, “lo tenemos fácil”.

– Ah, ¿usted también? — me pregunta usted, un poco irritado (no sé si me sigue), en tono levemente irónico, molesto de que me meta en lo que no me importa.

– Oh, qué cosas dice usted —le contesto—. Yo no.

– Es decir — acentúa usted un poquito más el tono irónico; casi, y no está pretendiendo presumir, logra que suene sarcástico — que usted entiende de todo.

Mi réplica es que piense un poco.

– ¿En qué?

– En la tontería que termina de decir... A menos que de verdad piense — hablo desde lo alto de la escalera; usted me ha dicho “ese tipo de tareas suelen hacerlas los maridos” y yo he contestado “pero yo soy viuda, ¿no se lo he contado?”, y usted quiere decirme que se estaba refiriendo a los hombres, los hombres en general, pero yo, después de los puntos suspensivos que

Versaciones de un chupaplumas

Así que supongo

[3]

utilizo para lanzarle una mirada fugaz pero incisiva (que no sé si me saldrá muy bien, pero cuando baje ensayaré un poco en el espejo¹) sigo ensartando anillas en la barra de las cortinas —; que de verdad piense que hay algo en este mundo de lo que pueda saber yo más que usted.

(Aunque a mí me parece que a usted le parece que su madre cree que sí)²

He metido ya todas las anillas en la barra, o la barra en todas las anillas³, y tras colocarla en los soportes bajo los peldaños diciendo que además es mi trabajo y que me contrató para eso; y que eso es lo que pienso hacer, y sushi y croquetas y planchar y lentejas, pero que si ha depositado en mí alguna esperanza de que le saque las castañas del fuego en asuntos más...

He llegado al suelo y miro ahora las cortinas recién puestas, y las aliso con las manos, y rectifico el vuelo con los dedos; y suspiro.

... elaborados, trascendentes, enjundiosos no sé si me entiende. ya puede ir abandonando toda esperanza o buscándose a otra.

Y, total, quien hace un cesto hace ciento y, cuando hace usted intención de acercarse a plegar la escalera con idea de devolverla al trastero, le doy un manotazo enérgico en el brazo protestando “le he dicho que este tipo de tareas es asunto mío” y por no hablar, añadido, del desconcierto que se trae porque, si es que yo me entero de la historia de mi propia vida o usted tiene una vaga noción de qué son los espacios y los tiempos, ha de suponerse

¹ Si me queda tiempo, porque tengo que planchar y hacer albóndigas.

² Que se lo ponga entre paréntesis por si estoy equivocada o usted no quiere ponerlo.

³ El caso es que están puestas.

Versaciones de un chupaplumas

Así que supongo

[4]

que está usted en su despacho, en el ministerio, garabateando borradores en los márgenes y en los reversos de los expedientes, y apuntes, pequeñas anotaciones disparatadas a veces, inconexas y sin demasiado sentido quizás pero haciendo su trabajo, el suyo, para el que su creador le dio la vida, la suya, con sus habilidades y sus limitaciones y sus zozobras y sus dudas y sus inquietudes y sus angustias ante la amenazante impavidez del papel en blanco que, me dice usted, “pero Lola, por favor no me haga trampas, que recuerdo perfectamente que lo de la impavidez amenazante no es mío”; y yo respondo que me trae completamente sin cuidado de quién fuera, que no tengo porqué saber el orden ni las secuencias ni los quiénes ni los cuándo ni los dónde de nada ni de nadie que sea anterior a mi existencia, y que llegué a este mundo, (digo, golpeando con mi índice de uña roja⁴ sobre sus papeles), mucho después.

Y que así que no me maree ni se quiera desentender de sus responsabilidades arrojándolas sobre mis pobres espaldas, que bastante tengo yo con mis propios quehaceres, hoy, precisamente, que me tengo que repasar el Orlando furioso, enterito, para tenerle localizado, a la noche, cuál es el canto por el que dice la señora... esa que nunca me acuerdo de cómo se llama, pero no es ni Margarita ni Azucena ni Rosa, pero esa que usted dirá que diría su tía que tiene aspecto alarmante, ya la verá con los bomberos y la demás gente y la negligé y la estola, el canto por el que dice ella o quiero decir entiéndame dirá que irá por entonces Indalecio — porque usted va a llegar tarde, acuérdesese —, y pueda usted escribirlo en palabras

⁴ Que casualmente hoy precisamente las llevo sin pintar. Pero échele un poquito de imaginación.

Versaciones de un chupaplumas

Así que supongo

[5]

de su boca, de esa señora, sin equivocarse de canto ni del perfil del personaje que, usted, capaz es de confundirla con el vecino de los tacones verdes de los Ramírez y adjudicarle una personalidad del todo inadecuada.

Pero no me extraña, porque con esa costumbre tan mala que tiene de pretender llevarlo todo en la cabeza — Sonia (o, bueno, la suegra a lo mejor) tendrá llegada la ocasión razón en eso — lo más probable es que las piezas no encajen o queden cabos sueltos que a saber luego cómo ni por dónde enlazar.

Y ahora perdone, pero tengo que dejarle porque, además de que me siento muy ridícula hablando sola y de que usted no me estará haciendo ni caso tan embebecido como debe de estar en el silencio que tiene entablado con su amigo, tengo todavía que prepararle la comida que hoy irá ligerita o sea un cocido en la superrápida⁵, que se hace en un periquete, y dejarle una nota de que lo siento pero no tendré tiempo de coserle el botón del puño de la camisa azul de rayas porque mi teléfono no tiene batería y con el suyo como tan desconfiado y misterioso tiene el despacho cerrado con llave pues no puedo, pero ha estado toda la mañana sonando, y los puntos y las comas y todo eso colóquelos usted mismo donde convenga, que cada cual ha de cumplir su misión y esa usted debería de saberlo bien no es la mía aunque me temo que tampoco sabe usted cuál si lo es; y, a mí, creo que eso podrá comprenderlo, me gustaría saber un poquito de mí misma y que no sea, por cierto y por favor, no sé qué de no sé qué triste historia de no sé qué hijo que no sé de dónde

⁵ Olvídense de las albóndigas, que eran sólo para el texto. Y lo de las uñas sin pintar también.

Versaciones de un chupaplumas

Así que supongo

[6]

demonios habrá sacado usted. Así que rebusque en los papeles y rectifíquelo.

Sí que tengo, por si alguno puede hacerle apaño, tres sobrinos; pero no los utilice sin antes avisarme, y con tiempo, que sobre todo el mayor tiene un carácter un poquito difícil del que me convendría (si lo elige) documentarme.

Así que, en otra nota que le dejo yo a ella diciéndole que lo pensaré — no lo que ella no quiere que ni siquiera imagine pensar, que la idea me parece bien — le digo que lo de las albóndigas me había hecho ilusión (cuando además todo lo que tengo en la nevera es un bote de mayonesa, pero eso no se lo digo, que no quiero que se sienta culpable) y le doy las gracias por lo de los sobrinos y le digo que con el pequeño me podría arreglar aunque con el que mejor me manejaría sería con un mediano pelirrojo que le gustase el surf.

Pero que entiendo que, como sobrinos pelirrojos no abundan por nuestras latitudes, mucha casualidad sería que, ella precisamente, tuviese uno; y que —puestos a pedir y tan bien dispuesta que la percibo y cuando, además, se sentirá obligada a hacer algo para hacerse perdonar porque, que qué disgusto, me he encontrado rota la tetera de la abuela del siglo XVIII — lo que de verdad me vendría de maravilla es que tuviera una prima con gato.